

CAPÍTULO PRIMERO

Una esposa ve a su primer marido en un estado miserable, con el cuello del sobretodo alzado y mendigando en la calle. El semáforo se pone verde. Ella frena, estaciona el auto al borde de la vereda. Mira, estupefacta.

No puede creer lo que ven sus ojos. Baja la ventanilla. Mira. De pronto, él la ve.

Y la reconoce.

Mueve los labios sin saber qué decir.

Poco a poco sus labios empiezan a temblar.

Frente a ella, a la distancia, su exmarido se pone a llorar como un nene. Estira la mano hacia ella.

Sus lágrimas se deslizan silenciosamente por su cara mientras estira la mano hacia ella, con la cabeza apenas inclinada hacia un hombro, titubeando, suplicando. Se acerca.

Se acerca cada vez más rápido.

Su actitud es tan perturbadora que ella pone primera y se va.

No puede evitarlo: se va mientras él corre hacia ella.

De vuelta en su casa, se enferma casi de inmediato. Se pregunta: “¿Por qué no le hablé? ¿Cómo es posible? ¿Pero seguro que era él? ¿No será más bien alguien parecido? ¿Tenía un hermano que no conocí?”. El recuerdo la tortura. Vuelve varias veces a esa calle. Y siempre se detiene frente al cesto de chapa donde el mendigo se apoyaba. Pasa horas en esa calle. No lo ve nunca más.

CAPÍTULO II

A comienzos de los años cincuenta, Junichiro Tanizaki reunió la mayoría de los recuerdos que conservaba de su primera infancia. Su madre era muy hermosa. Cuenta una anécdota que divertía mucho a su madre –al punto de que ella la repitió durante toda su vida a quienes le hablaban de su hijo y del reconocimiento literario que había obtenido. Cuando Junichiro nació, su mejor amiga, tan joven como ella y todavía soltera en esa época, al darse cuenta de lo que significaba un alumbramiento, comentó asombrada:

–¡Qué lugarcito para venir al mundo!

CAPÍTULO III

Sillón volador

Madame de Pompadour era la hija de un conductor de caballos. Le decían Reinette (reinita) cuando era chica. Jugaba en Provençères. Su verdadero nombre era Jeanne. Su apellido, Poisson. Era muy bella. Durante cinco años toleró todos los caprichos sexuales que Luis XV le imponía.

Un día le dijo:

–Para ser absolutamente franca con vuestra majestad, soy poco propensa al deseo. Es cierto: tengo la apariencia de un cuerpo de mujer –y esta figura me ha sido útil. Pero si se me permite exponer a vuestra majestad la forma en que de verdad siento mi vida, debo decir que mis sensaciones no superan a las de un pedazo de carne de pescado.

El rey la conservó como su protegida y la mantuvo a su lado, más como espectadora de sus placeres que como participante. Esta posición no sólo le resultó conveniente sino que le gustó a Madame de Pompadour. Le encantaba exhibirse desnuda, le encantaba tener calor, cantaba admirablemente, bailaba, acompañaba así con beneplácito los juegos de su amante y lo hacía con un espíritu de verdadera amistad.

En cambio, lo que no se reducía a amistad, lo que constituía toda una pasión, era lo que sentía por los grabados.

Ella misma grababa en cobre. Se conserva uno de sus grabados particularmente logrado en el que se ve una cabeza de niño desesperado soplando una burbuja que se eleva sobre su cara pero todavía permanece a la altura de sus ojos.

Cuando tenía 30 años, empezaron a llamarla la Bestiole (la Bicho). No sé por qué motivo. Padecía tuberculosis. Era sucia, se volvió muy sucia. No tiraba nada.

Conservaba incluso los baldes agujereados,
platos rajados,
mesas con tres patas,
muebles pasados de moda,
viejos paquetes de gasa.

Guardaba todo en un hotel que le servía de depósito. No vivía allí, era un lugar espantoso. Estaba en el distrito octavo de París. No sé por qué ese depósito fue rebautizado con el nombre de El Elíseo. Por pedido de ella, construyeron allí uno de los primeros “ascensores a pesas” y a ella le encantaba esa nueva costumbre. Llamaba a su ascensor a pesas “sillón volador”.

CAPÍTULO IV

Moffetta

El molde del espacio vacío dejado por las carnes de los habitantes de Herculanium después de que murieran asfixiados se denomina “volumen de mofeta”.

Moffetta es el gas letal que emiten las erupciones volcánicas en la superficie de la tierra.

Ese volumen que deja la muerte hace pensar en el volumen que invade el deseo.

Hace pensar en el volumen de los libros que invade un silencio apasionado.

Ese espacio misterioso que “se añade al espacio” tanto en un caso como en el otro (también en el tercero) es el tiempo.

*

La reina estaba mirando a Guingamor que avanzaba sus peones en el tablero cuando un rayo de sol que se filtraba por la ventana iluminó el rostro de él.

Ella dejó de observar la partida. Miraba y no dejaba de mirar ese rostro. La reina le dijo a Guingamor:

–Debe amarme a mí porque yo lo amaré en todas mis edades.

Ella lo jala del manto. Todos los broches ceden y caen al piso. Ella ve la desnudez del hombre por un instante. Blanco jabalí. De inmediato, la reina dice:

–Blanco, el jabalí que es menester perseguir. Muerte, a aquel que lo cace.

Los pantanos son riesgosos.

Los ríos, peligrosos.

Guingamor se introdujo en el bosque. Penetró entonces en el palacio de oro. Era un claro entre los árboles. Vio una mujer desnuda.

La contempló.

La pausa de Guingamor ante el cuerpo de la mujer duró trescientos años.

*

Después Guingamor volvió al mundo destruido sin poder hablar con nadie de lo que fuera que había ocurrido. La reina le advirtió:

—¡No comas, Guingamor! ¿Qué muerto come? Te fuiste hace tres días. En el otro mundo, un día equivale a cien años. Una ciudad: una tumba. Todos los colores son blancos como los huesos desnudos de los cuerpos que fueron sepultados en la tierra. ¡Es posible que el jabalí que perseguiste en vano estuviese entre tus piernas!

Pero Guingamor no es lo suficientemente ascético. Ni anorético. Orexis, Conatus lo impulsan. Come la manzana y muere. ¿Dónde está la reina maravillosa? El hombre se había transformado en algo parecido a un cardo anudado a su roca.

Se sigue llamando fruto de Guingamor a una nuez cubierta de pelusa blanca.

*

Lo que desnuda la vestimenta en el momento en que nos la quitamos es una luminiscencia que creemos ver en la cosa misma. Estamos convencidos de que pertenece al territorio de la piel. Cuando en realidad obtiene todo su fulgor de la mirada que la descubre.

También en el juego una duración tumefacta es extirpada del tiempo como el sexo de la ropa.

Una luminiscencia –de naturaleza temporal– perdura en el límite de la noche. Al margen de las tareas de la jornada.

Al costado de la raya (en el caso de los cabellos).

En el dobladillo (en el caso de las telas).

En la frontera (en el caso de los países).

En la ribera (en el caso de los ríos en cuya orilla se aglutinan las ciudades).

En realidad, esa excitación que se añade de pronto no suprime el tiempo en el alma sino la medida del tiempo.

*

La vergüenza hace que todas las cosas que rodean a lo que se desea se vuelvan fosforescentes.

Es como soñar de día.

Acelera los minutos del mismo modo en que se adelanta la hora, de golpe, después del mediodía o al anochecer.

Existe una luminiscencia deshonrosa que apasiona.

Mofeta de los dormitorios.

Su dimensión no supera a la de la llama de una vela sobre la cabecera de la cama durante la noche.

No bien ella acercaba sus dedos al deseo que lo tensaba –una vez apartado el elástico que mantenía el sexo erecto contra el vientre– lo que estaba en el calzoncillo se encogía de espanto ante la idea de ser descubierto y se transformaba enseguida en un caracol desprovisto de caparazón.

En el ducado de Bretaña, Fanch de Kerbrinik (también conocido como Francisco de la Casa de las Almejas) era aquel que en la Isla de Francia recibía el nombre enfático de “Señor de Nada en Absoluto”.

Evoco el pequeño cascarudo disimulado bajo el prepucio.

Evoco los mariscos de ayuno.
Se los llamaba también –en Ancenis, en Anjou– “mariscos
de Viernes santo”.